

José M. Castillo

## La dificultad

Es un hecho que mucha gente ve un *contraste* entre Jesús y la Iglesia. Un contraste que, a veces, llega a ser tan fuerte que, para no pocas personas, representa un *escándalo*. De forma que este escándalo puede constituir, en bastantes casos, y *de facto* constituye, la gran *dificultad* que algunos aducen para justificar su falta de fe, su alejamiento de Dios, su resistencia a cualquier forma de práctica religiosa, etc <sup>1</sup>.

Este hecho nos viene a decir que lo que representa Jesús, por una parte, y lo que representa la Iglesia, por otra, son dos cosas incompatibles en la mentalidad, en la forma de pensar y en el modo de vivir, de muchas personas, que, por otra parte, son gente normal. Por tanto, no parece exagerado decir que estamos ante este dilema: o bien lo que sucede es que *Jesús y su Evangelio* son una cosa tan extraña, tan inadecuada y tan inadaptada a la realidad, que todo eso hoy no es aplicable a la vida, ni eso es lo que nos lleva a Dios; o bien lo que en realidad sucede es que *la Iglesia y su Religión* son una contradicción y hasta habrá quien diga que son una traición a lo que quiso, dijo e hizo Jesús de Nazaret. En cualquier caso - sea lo uno o sea lo otro -, parece evidente que, al hablar del tema *Jesús y la Iglesia*, nos enfrentamos al asunto más

---

<sup>1</sup> Ha recogido bien los fundamentos de esta dificultad el estudio de JOAQUÍN PEREA, *Otra Iglesia es posible*, Madrid, Ediciones HOAC (2ª ed.), 2011, 27-54. Cf. H. HAAG, *¿Qué Iglesia quería Jesús?*, Barcelona, Herder, 1998.

espinoso que cualquier persona, interesada por lo que representa el Cristianismo, puede afrontar. En cierto modo, se puede afirmar que estamos ante el tema capital del momento, desde el punto de vista religioso y desde la problemática que debe resolver cualquier cristiano, si es que ese cristiano quiere seguir viviendo en paz y con la debida coherencia su fe en Jesús y su situación en la Iglesia.

Por otra parte, al hablar de este asunto, será conveniente (por honestidad intelectual) evitar la fácil y consabida escapatoria de quienes le buscan a este problema una solución de tipo “moralizante”. En el sentido de echar mano de la *intolerancia ideológica* de los clérigos fundamentalistas o, por el contrario, recurrir al *laxismo relativista* del “laicismo anticlerical” que invade la cultura moderna. Tengo la impresión de que toda esta verborrea, tan manoseada en ciertos ambientes, no resuelve el problema que acabo de plantear. Por la sencilla razón de que no se trata de un *problema moral*, es decir, un problema de “buenos” y “malos”, sino que estamos ante un *hecho social*. Porque se trata de la percepción que tienen amplios sectores de la sociedad, tanto los que se aferran a lo que ellos perciben como fidelidad a la Iglesia, como los que ven las cosas de manera que enseguida advierten que “lo de Jesús” y “lo de la Iglesia” son dos fenómenos que están más distantes y son más distintos de lo que seguramente podemos imaginar. Con lo que ni le doy la razón a nadie, ni se la quito a nadie. Me limito a presentar hechos que ahí están, a la vista de quien quiera verlos y analizarlos como crea conveniente. En cualquier caso, y sea lo que sea de todo esto, es un hecho - a la vista de todos - que son muchos los que aseguran: “yo creo en Jesús y me interesa su Evangelio; lo que dice o hace la Iglesia, ni me

interesa ni me lo creo”. Así están las cosas en demasiados casos, sea cual sea la opinión que cada cual tenga sobre esta cuestión.

Por lo demás, no hablo de la contraposición “Jesús - Clero”, sino “Jesús - Iglesia”. Porque el problema de fondo no se reduce al grupo (reducido en el conjunto de la Iglesia) de los que mandan (los clérigos). El problema está en la Iglesia *en su totalidad*, tanto en los que en ella ejercen la autoridad, como en los que en ella obedecemos, el conjunto de los laicos. El contraste (y hasta la contradicción) con Jesús y su Evangelio no se reduce al clero o a la jerarquía eclesiástica, sino que es problema de la Iglesia en su conjunto, por más que en ella haya tantas personas de buena voluntad que se esfuerzan por vivir en coherencia con Jesús, su vida y su mensaje.

### **La complejidad del problema**

La dificultad, que acabo de plantear, entraña una complejidad mayor de lo que algunos quizá imaginan. Porque, en este contraste que mucha gente percibe como una contradicción entre Jesús y la Iglesia, se percibe además una especie de *misteriosa resistencia a la solución*. Una resistencia que, por otra parte, no resulta fácil de explicar.

Esta dificultad o, si se prefiere, esta complejidad radica en el hecho de que, desde hace mucho tiempo (bastantes siglos), ha sido, y sigue siendo, notable la cantidad de personas creyentes y gente de Iglesia que se han dado cuenta perfectamente del problema que acabo de presentar. Además,

han sido muchos los cristianos que han tomado conciencia de este problema con verdadera preocupación. Una preocupación que nacía (y nace) de la lógica inquietud de tantas buenas personas que, como creyentes honrados, *quieren ser fieles a Jesús*, pero al mismo tiempo *quieren ser fieles también a la Iglesia*. Ya que es a la Iglesia a quien le deben que el Evangelio de Jesús se haya conservado y se haya vivido durante tantos siglos hasta el día de hoy. Y sin embargo, no es exagerado asegurar que, desde muy pronto, se empezó a sentir, entre no pocos creyentes, conscientes de las exigencias de su fe, *una misteriosa tensión* entre su fidelidad al Evangelio de Jesús, por una parte, y su fidelidad a la Iglesia, por otra.

Esta experiencia de tensión entre Evangelio e Iglesia viene de lejos. Ya en el s. III, bastante antes de Constantino, en los orígenes mismos del monacato, en el norte de Egipto, es éste precisamente el fenómeno que se percibe. Fue en aquel tiempo cuando hombres como Antonio, el llamado “padre de los monjes”, se sintieron impulsados a abandonar la vida fácil e instalada de los cristianos urbanos y huyeron al desierto. La *Vita Antonii*, escrita por san Atanasio, indica que fue justamente la lectura del Evangelio lo que motivo a Antonio (el hoy llamado “san Antón”) a vender la buena herencia que había recibido de sus padres y, después de darlo todo a los pobres, tomó la decisión de retirarse al desierto <sup>2</sup>. Como ya he

---

<sup>2</sup> *Vita Antonii*, II, 3. Ed. *Sources Chrétiennes*, nº 400, Paris 1994, p. 133. Una presentación resumida de las tensiones entre el monacato (en sus orígenes) y la jerarquía de la Iglesia, en J. M. CASTILLO, *El futuro de la Vida Religiosa. De los orígenes a la crisis actual*, Madrid, Trotta, 2003, 74-77. Más ampliamente, en R. TEJA, *Emperadores, obispos, monjes y mujeres. Protagonistas del cristianismo antiguo*, Madrid, Trotta, 1999, p. 149-194.

dicho, esta tensión se mantuvo siglos después. Otro ejemplo elocuente, en este mismo sentido, es el extraordinario fenómeno social que tanto inquietó a buena parte de la Europa cristiana en los siglos XI al XIII. Me refiero a los movimientos espirituales anti-eclesiásticos de aquellos tiempos: cátaros, valdenses, pobres de Lyon y tantos otros grupos, de los que se ha dicho con razón que las gentes, que pertenecieron a aquellos grupos, en definitiva, “no querían otra cosa sino ser cristianos según la letra del Evangelio”<sup>3</sup>. Que es exactamente la misma tensión y la misma respuesta que encontró Francisco de Asís en el pontificado de Inocencio III. Como lo vio claro H. Grundmann, Francisco tuvo siempre “confianza creyente en la Iglesia y en sus sacramentos”, como siempre tuvo una “inquebrantable veneración del ministerio sacerdotal”<sup>4</sup>. Pero esto no le impidió ver la necesidad de una “reconstrucción de la Iglesia derruida”. Reconstrucción que sólo se podía hacer mediante la recuperación de la pobreza, la humildad y la sencillez de Jesús crucificado<sup>5</sup>. Y conste que ejemplos parecidos a éste se podrían poner tantos y tantos hasta nuestros días, como se ha puesto en evidencia en la cerrada oposición que no pocos obispos españoles han expresado contra el libro de José A. Pagola, *Jesús. Aproximación histórica* (Madrid, Ed. PPC, 2007), del que se han vendido miles de ejemplares y que no es sino una presentación cuidada de la figura histórica de Jesús de Nazaret.

---

<sup>3</sup> Y. CONGAR, *L'Eglise de saint Augustin à l'époque moderne*, Paris, Cerf, 1970, p. 209. Y el mismo Congar añade: “Las críticas - que hacían estas gentes - representan una protesta que no se interrumpió durante siglos”. O. c., p. 209.

<sup>4</sup> H. GRUNDMANN, *Ketzergeschichte des Mittelalters*, Göttingen, 1963, p. G. 37. Cf. H. KÜNG, *El Cristianismo. Esencia e Historia*, Madrid, Trotta, 1997, p. 418.

<sup>5</sup> H. KÜNG, *El Cristianismo. Esencia e Historia*, p. 418-419.

Pues bien, si es cierto que esta tensión entre la fidelidad a Jesús y la fidelidad a la Iglesia ha existido durante siglos, y sigue viva en este momento, es evidente que, en la raíz de esta tensión, se oculta un problema capital para el cristianismo. La complejidad del problema se advierte enseguida si tenemos en cuenta que, en el fondo, la persistencia resistente de este problema, vivido por tantas personas de buena voluntad durante tantos siglos, nos está diciendo que *Jesús significa y nos evoca algo que la generosidad y la tenacidad de generaciones y generaciones de creyentes no han encontrado en la imagen que la Iglesia proyecta de sí misma*. De tal manera que han sido muchas las personas que han buscado *mantenerse fieles a Jesús, no por lo que ven en la Iglesia, sino a pesar de lo que ven en ella*.

Es verdad que son muchos los cristianos que ven, en su fidelidad al papa y a la jerarquía, su propia fidelidad a Jesús y al Evangelio. Pero no es menos cierto que son también muchos - seguramente muchos más - los que ven, en las diatribas y conflictos de Jesús con los sumos sacerdotes del templo, las mismas diatribas y conflictos que hoy se viven y se propalan contra los dirigentes de nuestra Iglesia. Por no hablar de la inmensa cantidad de ciudadanos que ya no quieren saber nada de todo este embrollado asunto. Porque están demasiado desencantados y hartos del solemne y anacrónico tinglado eclesiástico, que no les dice nada evocador y humano, que no les resuelve nada para su vida, y en el que encuentran incontables contradicciones religiosas y humanas.

Así las cosas, nos preguntamos honestamente: ¿es que no

entendemos a Jesús? ¿es que no entendemos a la Iglesia? ¿o es que en todo esto se oculta un problema que nunca acabamos de ver *precisamente porque intentamos armonizar ambas fidelidades, la fidelidad a Jesús y la fidelidad a esta Iglesia*, una Iglesia a la que respetamos y queremos, pero a la que nunca acabamos de entender?

### **El nudo del problema**

Ya he dicho que, al afrontar la “misteriosa tensión” que experimentamos en lo que se refiere a nuestra relación con Jesús y nuestra relación con la Iglesia, no estamos ante un *problema moral*. Y es importante recordar esto de nuevo. Porque, si efectivamente fuera un problema meramente moral, este complicado asunto se despacharía apelando a nuestra generosidad, nuestra fe, nuestra buena voluntad, en definitiva, el consabido recurso al “amor a la Iglesia” que se nos presenta como “nuestra madre”, y en la que, sean como sean el papa y los obispos, los buenos cristianos siempre tenemos que encontrar a Jesucristo y la salvación que él nos promete.

Pero no es así. El sermón del amor a la “santa madre Iglesia”, tantas veces repetido de todas las maneras posibles, no sirve en este caso. La experiencia, así nos lo dice. El insistente discurso del amor a la Iglesia no convence a la gente de que la Iglesia es la fiel y exacta reproducción de lo que fue la vida de Jesús. Por eso, a base de insistir en el tema del amor a la Iglesia, lo más que se puede conseguir es que haya personas que se aguanten y se callen. Pero es evidente que, a base de aguante, paciencia, obediencia y silencio, no podemos impedir que la gente piense, lea y oiga lo mucho que se dice y

se escribe sobre quién fue Jesús de Nazaret, lo que hizo y lo que dijo. Y, por tanto, lo que Jesús sugiere y evoca, que es tan inmensamente distinto de lo que sugiere y evoca esta Iglesia, que se nos mete por los ojos, y de la que cada día sabemos más cosas que, en no pocos casos, nos impresionan. Pero que, con demasiada frecuencia, se trata de asuntos y problemas que nos desconciertan, nos sorprenden, nos indignan y hasta es posible que a algunos les hagan decir “¡Basta ya!”.

Por lo tanto, si estamos ante una cuestión que no se resuelve echándole buena voluntad al asunto, *¿dónde está el nudo del problema?*

De entrada - y para empezar -, parece que lo más lógico y necesario es recordar *los orígenes*, es decir, tener presente cómo empezó todo esto, tanto “lo de Jesús” como “lo de la Iglesia”. Pues bien, si nos remontamos al principio, todos sabemos que primero existió Jesús de Nazaret. Y después, pasado algún tiempo, se redactaron los evangelios por los que conocemos quién fue Jesús, cómo vivió, lo que hizo y lo que dijo, hasta el final de sus días cuando murió asesinado en Jerusalén. Ahora bien, supuesto lo que acabo de indicar, lo primero que nos encontramos, en los orígenes del Cristianismo, es que *los evangelios nos hablan ampliamente de Jesús, mientras que la Iglesia se menciona sólo dos veces en uno solo de los cuatro evangelios* (Mt 16, 18; 18, 17). Pero, sobre estos dos textos del evangelio de Mateo, es determinante saber que, en ellos, la palabra *ekklêsía* no fue pronunciada por Jesús, sino que fue introducida por la redacción de Mateo (16, 18) en el texto original, que es el que se encuentra en Mc 8, 27-30 <sup>6</sup>. Sobre este dato capital existe

---

<sup>6</sup> Así, ULRICH LUZ, *El evangelio según san Mateo*, II, Salamanca, Sígueme, 2006,

hoy un consenso generalizado entre los especialistas en este tema. Ha quedado así superada la vieja teoría que defendió K. L. Schmidt, en 1938, en el vol. III del clásico *Theologisches Wörterbuch zum Neuen Testament*, de G. Kittel (pp. 502-539, especialmente en p. 529 s). La idea comúnmente aceptada es que el término *ekklêsía* pertenece al vocabulario técnico de la democracia ateniense <sup>7</sup>.

---

p. 598-599. Con más claridad y firmeza, J. ROLOFF, *ekklêsía*, en H. HORST - G. SCHNEIDER, *Diccionario Exegético del N. T.*, II, Salamanca, Sígueme, 2005, 1250-1267.

<sup>7</sup> A. HILHORST, "Termes chrétiens issues du vocabulaire de la démocratie athénienne": *Filología Neotestamentaria* I/1 (1988) 27-32, especialmente en p. 29; J. Y. CAMPBELL, "The origin and meaning of the word *ekklêsía*": *Journal of Theological Studies* 49 (1948) pp. 130-142.

Así pues, *lo primero en el Cristianismo fue Jesús, no fue la Iglesia*. Y esto significa la siguiente: lo primero y lo determinante para los cristianos es lo central que contienen los evangelios: lo central que es un *Bios*, no una “biografía” en el sentido moderno de esa palabra, sino *la significación de una vida para el que asume esa forma de vivir como centro de sus convicciones* <sup>8</sup>. Ahora bien, en este *Bios* no tiene lugar originalmente la Iglesia. Por eso es correcto decir que Jesús no pensó fundar una Iglesia. Ni pudo pensar en eso. Porque la *ekklêsía* era un término que se refería a una praxis política de la ciudadanía helenista: designaba a la asamblea nacional integrada por los varones libres con derecho a voto (J. Roloff). Es evidente que aquel modesto galileo, que fue Jesús, no sabía nada del sistema organizativo de la vida política de los griegos. Ni semejante asunto podía interesarle en absoluto.

Ahora bien, en el fondo, lo que acabo de explicar nos lleva a esta primera conclusión: el Cristianismo nació de la convicción según la cual a Dios no lo encontramos ni en el *Logos* de las verdades absolutas, ni en el *Nomos* de las normas sagradas, sino en el *Bios* de Jesús, en su humanidad, que no es sólo su condición humana, sino además (y sobre todo) *la forma de vivir que libremente asumió* aquel modesto galileo, que se comportó de tal manera que, como consecuencia y culminación del aquel *Bios*, tuvo que aceptar la función más baja que una sociedad puede adjudicar: la de un delincuente ejecutado <sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> G. THEISSEN, *La religión de los primeros cristianos*, Salamanca, Sígueme, 2002, p. 205; R. A. BURRIDGE, *What are the Gospel? A comparison with Graeco-Roman Biography*, Cambridge, Univ. Press, 1992, p. 240 ss.

<sup>9</sup> G. THEISSEN, *El movimiento de Jesús. Historia social de una revolución de valores*, Salamanca, Sígueme, 2005, p. 53.

Y aquí es donde nos encontramos con el nudo del problema. Porque entre la historia viva de Jesús y los relatos evangélicos, que se nos presentan como el *Bios* que acabo de indicar, está cronológicamente situado el apóstol Pablo <sup>10</sup>. Pero Pablo presenta el proyecto cristiano, no como *Bios*, o sea como vinculación de la propia vida a lo que fue la vida de Jesús, sino como *Logos*, quiero decir: verdades reveladas y dogmas de fe, y como *Nomos*, de cuya liberación habló Pablo ampliamente desde el punto de vista de la “salvación”, pero eso no le impidió que impusiera normas organizativas y rituales sagrados que marcaron desde entonces a la Iglesia. Es decir, Pablo explicó la libertad de la Ley como *problema soteriológico*, pero con eso no se refirió a los *problemas organizativos* y a la *gestión de la Iglesia*.

Ahora bien, todo esto nos viene a decir que Pablo modificó el paradigma original del movimiento que inició Jesús. Por eso Pablo ya no habló del *seguimiento de Jesús*, sino de la *obediencia de la fe* (Rom 1, 5; 16, 26), la obediencia que incluye el sometimiento al apóstol por el que Cristo habla (2 Cor 7, 5; 13, 3; 10, 5 s) y cuya predicación trae la justicia (Rom 6, 16 s). Pero, sobre todo, teniendo en cuenta que esta obediencia de la fe, que justifica al hombre pecador, *se vive en la Iglesia*, en la *ekklesía tou Theoú*, la

---

<sup>10</sup> Aquí es importante recordar que Jesús fue ejecutado hacia la mitad de los años 30 del s. I, mientras que los evangelios se redactaron pasado el año 70, es decir, unos cuarenta años más tarde. Pero, entre la vida terrena de Jesús y los textos redaccionales de esa vida, se sitúan las cartas auténticas de san Pablo, que se escribieron entre los años 50 al 56, unos veinte años antes que el evangelio más antiguo, el de Marcos. Cf. C. COMBET-GALLAND, “El evangelio según Marcos”, en D. MARGUERAT (ed.), *Introducción al Nuevo Testamento*, Bilbao, Desclée, 2008, p. 48. Para la cronología de Pablo, F. VOUGA, “Cronología paulina”, en D. MARGUERAT, o. c., p. 131-138, especialmente en p. 136.

“comunidad de Dios” (1 Cor 1, 2; 10, 32; 11, 22; 15, 9; 2 Cor 1, 1; Gal 1, 13).

Así, y en virtud de este nuevo planteamiento, la clave fundamental de interpretación del movimiento original de Jesús quedó modificada. El proyecto cristiano original ganó en estabilidad y consistencia. Pero quedó re-interpretado desde un nuevo esquema interpretativo, que inevitablemente introdujo la tensión a la que antes me he referido al hablar de la conflictividad que viven muchos cristianos entre su relación con Jesús y su relación con la Iglesia. En todo caso, es un hecho que, a partir de entonces, lo central y determinante para muchos cristianos no es ya la relación que tienen con lo que fue la vida de Jesús, sino la obediencia que mantienen con lo que es, lo que piensa y lo que manda la jerarquía de la Iglesia. Y así ha resultado que *lo decisivo*, para el común de los cristianos, *no es la vida que cada cual lleva, sino la aceptación de las verdades, las normas y los rituales que la autoridad eclesiástica impone*. Sin exageración alguna se puede afirmar que es perfectamente posible ser un “buen cristiano” sin ser “seguidor de Jesús”. Lo que inevitablemente nos enfrenta a una cuestión capital: ¿por qué se produjo este cambio, que ya ni nos parece asombroso porque nos hemos habituado a él?

### **El decisivo apóstol Pablo**

Lo más seguro es que san Pablo hizo lo que pudo hacer. Más aún, hizo lo que vio que tenía que hacer. Pero el hecho es que su irrupción en la Iglesia naciente, en el momento en que aquello sucedió y dadas las circunstancias en las que todo

aquello se produjo, tuvieron como consecuencia un giro nuevo y decisivo en la naciente Iglesia.

Para empezar a hacerse idea de lo que intento explicar, lo primero que conviene tener en cuenta es que las cartas auténticas de Pablo, como ya he indicado, se escribieron entre los años 50 al 56, mientras que la redacción de los evangelios, que ha llegado hasta nosotros, no se terminó antes de la década de los 70. Es decir, las cartas de Pablo se conocieron unos veinte años aproximadamente antes que los evangelios. Esto significa, como es lógico, que los primeros cristianos, que vivían fuera de Palestina, se enteraron mucho antes de las ideas de Pablo que de la vida de Jesús. Por tanto, las convicciones que tenía Pablo se implantaron entre los cristianos bastante antes de que aquellos cristianos pudieran conocer el *Bios* de Jesús, su ejemplar forma entender la vida, tal como esa vida se nos relata en los evangelios. Lo que, dicho de otra forma, representa lo siguiente: en el cristianismo naciente, se asumieron antes las ideas y las prácticas en torno a la organización de las iglesias de Pablo que las convicciones y las costumbres que nos presentan los evangelios de Jesús. El *Logos* y el *Nomos* de Pablo se adelantaron - y en ese sentido se antepusieron - al *Bios* de Jesús. O sea, dicho todo esto de la forma más clara y más breve posible, en el cristianismo naciente ocurrieron las cosas de forma que, en las numerosas comunidades que fue fundando y organizando Pablo por el Imperio, *se conoció a la Iglesia antes que a Jesús*. O para decirlo con más precisión: *la gran mayoría de las comunidades primitivas se componían de gentes que se integraron en la Iglesia, tal como la entendía Pablo, sin saber casi nada de lo que había sido la vida, la enseñanza y el proyecto de Jesús*. No es, pues, ninguna exageración afirmar

que se difundió por el Imperio mucho antes la Iglesia de Pablo que el Evangelio de Jesús.

La complejidad de lo que esto representa se entiende enseguida si tenemos presente que *Pablo no conoció a Jesús*. Quiero decir, Pablo no conoció al Jesús terreno. Él no conoció nada más que al Cristo glorioso y resucitado, cosa que el mismo Pablo repite varias veces (Gal 1, 11-16; 1 Cor 9, 1; 15, 8; 2 Cor 4, 6) y de la que Lucas, en los Hechos, presenta tres relatos (9, 1-19; 22, 3-21; 26, 9-18). Por lo tanto, Pablo no conoció al Jesús humano, sino sólo al Señor exaltado a la gloria. Además, parece que Pablo tampoco mostró interés por informarse sobre la vida terrena de Jesús. El propio Pablo dice que, después de la revelación que Dios le hizo del Resucitado, “inmediatamente, sin consultar a persona mortal alguna ni subir tampoco a Jerusalén, a los apóstoles anteriores a mí, me fui a Arabia, de donde volví de nuevo a Damasco” (Gal 1, 16-17). Y lo que es más extraño: Pablo llega a confesar que el conocimiento de Cristo “según la carne” no le interesa (2 Cor 5, 16). Lo que representa un dudoso aprecio de lo meramente humano, cosa que da pie para sospechar, con fundamento, que el conocimiento de la vida de Jesús que tuviera Pablo es, en el fondo, irrelevante para entender la teología paulina <sup>11</sup>. Por eso, entre otras cosas, la actitud que Jesús adoptara ante su propia muerte no tiene ninguna relevancia para Pablo <sup>12</sup>. Un asunto éste enteramente capital del que Pablo, sin duda, no pudo informar a las primeras comunidades de cristianos que se fueron formando en el Imperio.

---

<sup>11</sup> JÜRGEN BECKER, *Pablo, el Apóstol de los paganos*, Salamanca, Sígueme, 2007, p. 148.

<sup>12</sup> JÜRGEN BECKER, o. c., 144.

Por eso, el Dios en el que siguió creyendo el Pablo judío y fariseo (Gal 1, 13 s) no fue el Padre que se nos reveló en la vida de Jesús, sino el Dios de Abrahán, el “Dios del padre”, en el que habían creído durante siglos los israelitas (Gal 3, 16-21; Rom 4, 2-20) <sup>13</sup>. Por tanto, resulta coherente que Pablo no se aplicara a sí mismo el lenguaje de la “conversión”, en el sentido propia de esa palabra. De ahí que, en sana lógica, lo que ocurrió es que Pablo siguió creyendo y viviendo la religión en la que nació y en la que había sido educado <sup>14</sup>. En consecuencia, lo importante para Pablo siguieron siendo las grandes cuestiones teológicas y los rituales religiosos mediante los que encontraban solución tales afirmaciones de la teología que había aprendido, no en la vida y el Evangelio de Jesús, sino en las tradiciones de Israel y en la religión del Templo. De ahí que en el centro de la teología de Pablo está el gran tema pecado como el factor determinante de la “no-salvación” ala que se ve sometido el hombre (cf. Rom 3, 23) <sup>15</sup>. Y el gran tema también de la muerte redentora de Cristo, entendida como expiación del pecado y justificación del pecador <sup>16</sup>. Redención que se aplica y se actualiza mediante los rituales religiosos del Bautismo y de la Cena del Señor, como bien explican los estudios mejor documentados que analizan la teología de san Pablo.

---

<sup>13</sup> U. SCHNELLE, *Paulus. Leben und Denken*, Berlin, Walter de Gruyter, 2003, p. 56.

<sup>14</sup> S. LÉGASSE, *Pablo Apóstol*, Bilbao, Desclée, 2005, p. 82.

<sup>15</sup> J. GNILKA, *Teología del Nuevo Testamento*, Madrid, Trotta, 1998, p. 66-73; G. BORNKAMM, *Pablo de Tarso*, Salamanca, Sígueme, 2008, p. 175-180.

<sup>16</sup> U. SCHNELLE, *Gerechtigkeit und Christusgegenwart*, Göttinger Theol. Arbeiten 24, Göttingen 1986.

La conclusión lógica, que se desprende de todo esto, ha sido formulada insistentemente por la teología protestante - menos vinculada a prejuicios dogmáticos - tal como lo resumió muy bien Günther Bornkamm, que destaca “el abismo que separa a Jesús de Pablo”. Lo que le lleva a afirmar que “más que el Jesús histórico..., es Pablo el que ha fundado realmente el cristianismo y ha hecho de él una religión de la redención”<sup>17</sup>.

### **El recurso a la autoridad del apóstol**

Después de lo dicho, no resulta exagerado afirmar que *ni los temas centrales de la teología de Pablo se encuentran en Jesús, ni las preocupaciones centrales de Jesús (salud de los enfermos, comensalía de los seres humanos, bondad y misericordia en las relaciones humanas, y todo esto aun a costa de un enfrentamiento mortal con los dirigentes de la religión) se encuentran en Pablo*. Pues bien, si tal fue el contraste entre Pablo y Jesús, lo lógico es preguntarse: ¿cómo justificó Pablo la novedad de aquellas aportaciones, que le dieron un giro radicalmente nuevo al movimiento iniciado por Jesús?

La respuesta a esta cuestión capital se entiende a partir de dos afirmaciones que insistentemente repite Pablo: 1) su condición de *apóstol*; 2) y su frecuente apelación a que precisamente esta condición de apóstol era lo que justificaba su *autoridad* y su *poder* sobre las comunidades que

---

<sup>17</sup> *Pablo de Tarso*, p. 291.

gobernaba.

1. *La vocación de apóstol.* Como es bien sabido, Pablo mostró un empeño, machaconamente repetido, por dejar claro que él era verdadero apóstol. Lo dice, una y otra vez, en los encabezamientos de sus cartas: Pablo, “apóstol por llamamiento divino” (Rom 1, 1); “llamado a ser apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios” (1 Cor 1, 1); “apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios” (2 Cor 1, 1); “apóstol, no de parte de los hombres, ni por mediación de hombre alguno, sino por Jesucristo y Dios Padre” (Gal 1, 1). Además, insiste en su titularidad de apóstol en otros contextos (Rom 12, 3; 15, 15; 1 Cor 3, 10; 7, 25. 40; 2 Cor 4, 1; 1 Tes 1, 4. 7; Flm 8). Y, sobre todo, defiende su autenticidad de apóstol cuando se siente atacado, precisamente en este punto capital, por los “superapóstoles” (2 Cor 10-13) que no aceptaban esa condición de verdadero apóstol que él invocaba (1 Cor 15, 1-11; Gal 1, 11-24; 2, 1-10; Rom 15, 14-21) y que defendió polémicamente en sus enfrentamientos con quienes no le aceptaban (1 Cor 1, 10 - 4, 21). Está claro, pues, que Pablo veía para él, en este asunto que bien se podría considerar como una cuestión de ser o no ser. ¿Por qué?

2. *La autoridad de Pablo.* Se ha dicho, seguramente con toda razón, que en los escritos paulinos encontramos la lucha más primitiva y personal del Nuevo Testamento sobre la distribución de la autoridad <sup>18</sup>. Teniendo en cuenta que “a pesar de que Pablo apele frecuentemente a su debilidad, es evidente que era un líder potente con un equipo de ayudantes

---

<sup>18</sup> MARGARET Y. MACDONALD, *Las comunidades paulinas. Estudio socio-histórico de la institucionalización en los escritos paulinos y deuteropaulinos*, Salamanca, Sígueme, 1994, p. 83.

y numerosos contactos en las comunidades fundadas por él mismo”. Y aunque es cierto que algunas veces se cuestionó seriamente la autoridad de Pablo, en todo caso, no es menos verdad que “él defendió apasionadamente sus derechos como apóstol”. No en vano sus cartas son la prueba más patente de que su autoridad fue reconocida por muchos <sup>19</sup>. De ahí que en los escritos de Pablo se percibe una constante preocupación por asegurar su posición de liderazgo <sup>20</sup>. Por eso, nada tiene de extraño que, en las relaciones de Pablo con las “columnas de Jerusalén” se advierten claramente comprensiones enfrentadas sobre el modo de distribución de la autoridad <sup>21</sup>.

Y así fue efectivamente. Con Pablo y su apasionado interés por presentarse como “apóstol de Jesucristo”, dio cara en la Iglesia el enorme problema del poder y del ejercicio del poder que detentan los dirigentes eclesiásticos sobre las comunidades de quienes no pasan de ser “los fieles”. Un problema éste, que fue el asunto al que se enfrentó con más energía el Jesús de los evangelios. Señal inequívoca de que Jesús se dio cuenta, ya en su convivencia con los primeros apóstoles, del peligro que las luchas por el poder representan para el proyecto de vida que *de facto* es el Evangelio. Es verdad que, como explican todos los autores que han estudiado la teología de Pablo, él se presentó como un defensor decidido de la libertad de la Ley. Pero, como ya he indicado y es bien sabido, ese asunto se refiere a un problema soteriológico. Es decir, no nos salvamos por el valor de

---

<sup>19</sup> MARGARET Y. MACDONALD, o. c., p. 78.

<sup>20</sup> B. HOLMBERG, *Paul and Power: the Structures of Authority in the Pauline Epistles*, Philadelphia 1980, p. 27 s.

<sup>21</sup> B. HOLMBERG, o. c., p. 44-50.

nuestras buenas obras al obedecer a la Ley, sino por la fe en Jesucristo (Rom 3, 21-28). Pero eso no afecta directamente a los problemas organizativos de la Iglesia y cuanto tiene que ver con la gestión de la autoridad en ella. Esto, ante todo.

Pero, además, lo importante en todo este asunto radica en que Pablo fue un celoso defensor de su autoridad. Una autoridad que el propio Pablo entendió siempre como poder derivado del hecho de que él era un “apóstol” (1 Tes 2, 6; Gal 1, 1; 1 Cor 1, 1; 9, 1-2; Rom 1, 1; 11, 13). La idea de Pablo es que él estaba situado “al nivel de las más altas autoridades de la Iglesia”<sup>22</sup> (1 Cor 12, 28; 15, 9-11; 2 Cor 11, 5). Puesto aparte por Dios (Gal 1, 15; Rom 1, 1), Pablo se veía a sí mismo como el elegido que había recibido responsabilidad y autoridad respecto a los gentiles (Rom 1, 5. 11-15; 11, 13; 15, 14-24). Lo que, para Pablo, era algo tan fuerte que estaba persuadido de que cuando él predicaba, es como si Dios mismo hablara (1 Tes 2, 2-4. 13; 4, 15; 1 Cor 14, 37; 2 Cor 5, 18-20). Es más, Pablo llega a decir que quien niega el evangelio que él predica, rechaza a Dios y debe ser anatematizado (1 Tes 4, 8; Gal 1, 8). Y hasta se atreve, en un arrebatado de autoritarismo, a equipararse a la debilidad de Cristo, pero de forma que eso no va a impedir que se imponga a los fieles de Corinto sin contemplaciones. Y termina diciendo: “Os prevengo ahora ausente de aquello de que previne en mi segunda visita...: que cuando vuelva, no tendré miramientos; ésta será la prueba que buscáis de que Cristo habla por mí” (2 Cor 13, 2-3). Esta idea era tan fuerte y determinante en la mentalidad de Pablo, que él veía su apostolado y su condición de *apóstol* “en dependencia directa

---

<sup>22</sup> MARGARET Y. MACDONALD, o. c., p. 89-96.

y única de Dios y de Cristo”. Por eso, para Pablo, el ministerio apostólico no emana de la comunidad ni tiene una sucesión en ella, porque entonces caería por tierra la referencia directa a Dios o a Cristo que estaba ligada a su persona. Por otra parte, y además, a este supuesto especial indiscutible corresponde la independencia respecto a la comunidad. Esto es lo que explica que Pablo les dijera a los gálatas que él no era apóstol por obra y gracia de los hombres (Gal 1, 1; cf. 1, 11). Y por eso exactamente asegura a los corintios que le importa muy poco ser juzgado por un tribunal humano, como tampoco se pide cuentas a sí mismo, pues “el que me juzga es únicamente el Señor” (1 Cor 4, 3-5) <sup>23</sup>. Como es lógico, un hombre que piensa así, es un sujeto que tiene una sorprendente seguridad en sí mismo. Pero, por eso también, si la vida de ese hombre no está rectamente encauzada, puede llegar a ser un individuo enormemente peligroso. Nadie duda de la rectitud de Pablo. Pero el hecho es que su personalidad y su forma de entender la autoridad ha tenido enormes consecuencias en la Iglesia.

---

<sup>23</sup> JÜRGEN BECKER, o. c., p. 106.

Por lo demás, es conocida la insistencia con que se ha dicho que uno de los rasgos más llamativos de la relación de Pablo con sus comunidades de cristianos fue la libertad de interpretación y la flexibilidad para tomar decisiones que el mismo Pablo dio siempre a sus destinatarios <sup>24</sup>. Las comunidades, en efecto, no debían estar sujetas a los dirigentes, sino sólo a Cristo. En esta dirección, el recurso al sentido común y a la responsabilidad de las comunidades, es un tema en el que se insistió en el siglo pasado: cada comunidad debía tomar muy en serio su propia libertad (por ejemplo: 1 Cor 4, 14; 5, 1-5; 9, 12. 18; 2 Cor 12, 13; 1 Tes 2, 7) <sup>25</sup>. De todas maneras, estos textos, aparte de que su valor demostrativo en favor de la libertad de las comunidades es más bien escaso, tropiezan con la seria dificultad de textos del mismo Pablo, como es el caso de 1 Cor 16, 15-18, en donde el Apóstol les pide a los corintios que “se sometan” a quienes gobiernan en la comunidad que se reúne en la casa de Estéfanos. En este texto resulta decisivo que Pablo, para hablar de la obediencia en aquella Iglesia, utiliza el verbo *hypotassô*, que en voz pasiva significa literalmente “someterse” o “estar sujeto” a alguien. Es, pues, un verbo de obediencia al que manda, en el sentido fuerte de esa expresión (Rom 8, 20; 1 Cor 15, 27. 28; Heb 2, 8; 1 Pe 3, 22). Cuando se utiliza en sentido exhortativo o parenético, es el verbo que afirma la sometimiento y la obediencia a las autoridades políticas (Rom 13, 1. 5; 1 Pe 2, 13 s; Tit 3, 1), la sumisión de las mujeres a sus respectivos maridos (Col 3, 18; Ef 5, 24; 1

---

<sup>24</sup> W. MEEKS, *Los primeros cristianos urbanos. El mundo social del apóstol Pablo*, Salamanca, Sígueme, 1988, p. 229-230.

<sup>25</sup> Entre los autores que defendieron esta libertad de las comunidades de Pablo, cabe destacar el clásico estudio de H. F. VON CAMPENHAUSEN, *Kirchliches Amt und geistliche Vollmacht in der ersten Jahrhunderten*, Tübingen 1953.

Pe 3, 1. 5; Tit 2, 5) o de los jóvenes a los mayores (1 Pe 5, 5), según las costumbres de aquel tiempo <sup>26</sup>. Como bien se ha dicho, “en la tradición cristiana primitiva, la subordinación se convirtió hasta tal punto en el tipo fundamental de la conducta preceptuada, que en Ef 5, 21 y en 1 Pe 2, 13 esta subordinación precede como mandamiento introductorio de carácter general, antes de manifestarse la exhortación específica” <sup>27</sup>.

---

<sup>26</sup> F. JOSEFO, *De Bello Jud.* II, 146.

<sup>27</sup> E. KAMLAH, *Hypotásesthai in den ntl. "Haustafeln"*, en *Festschrift Stählin*, p. 237-243. Citado por K. BERGMEIER, *hypotassô*, en H. BALZ - G. SCHNEIDER, *Diccionario Exegético del N. T.*, II, 1904-1905.

A lo dicho, hay que añadir que, como es fácil suponer, una vez asentado el principio de autoridad, *como elemento constitutivo del apóstol en la Iglesia*, quedó también establecido el germen de una fuerza que ha sido decisiva en la configuración histórica del Cristianismo. Ya, en los escritos del Nuevo Testamento, el principio de autoridad se afianza en las cartas a Efesios y Colosenses. Y cuaja, en su estructura básica, en las Cartas Pastorales. No es éste el momento de analizar esta cuestión detalladamente. Baste recordar lo que acertadamente se ha dicho: “tanto Colosenses como Efesios revelan un esfuerzo por estabilizar la vida de la comunidad”<sup>28</sup>. Cosa que se hizo, como es lógico, afirmando las estructuras de autoridad en las Iglesias. Y es que las circunstancias históricas de muchas comunidades en su camino hacia el siglo II parece que las llevaron a estructuras de liderazgo más rígidas. La legitimación de la autoridad de los responsables se convirtió en el principal medio para asegurar la pervivencia de las comunidades<sup>29</sup>.

Así las cosas, sabemos que a lo largo del s. II la dinámica del poder se afirmó de forma que ya, a comienzos del s. III, la *Didascalía siria* no duda en imponer a los fieles cristianos este criterio: “El primer sacerdote y levita para vosotros es el obispo; él es el que os imparte la palabra y es vuestro mediador...; él reina en lugar de Dios y ha de ser venerado como Dios, porque el obispo os preside en representación de Dios”<sup>30</sup>. Y más adelante: “Estimad al obispo como la boca de

---

<sup>28</sup> W. MEEKS, *Los primeros cristianos urbanos. El mundo social del apóstol Pablo*, Salamanca, Sígueme, 1988, p. 158.

<sup>29</sup> MARGARET Y. MACDONALDS, o. c., p. 199.

<sup>30</sup> *Didascalía*, XXVI, 4, ed. FUNK, p. 104.

Dios”<sup>31</sup>. Más aún: “Amad al obispo como padre, temedlo como rey, honradlo como Dios”<sup>32</sup>. Y al “sucesor de los apóstoles” se le dice: “Juzga, obispo, con potestad como Dios”<sup>33</sup>. Es evidente que un escrito canónico-litúrgico, que se extendió por las comunidades cristianas del Mediterráneo y fue aceptado en ellas, y en el que se decían estas cosas, pone en evidencia a una Iglesia que ya, en aquellos primeros siglos, funcionaba de manera que la dinámica del poder se le había ido de las manos. Lo que equivale a decir que este asunto andaba, ya entonces, lejos del Evangelio.

### **Del seguimiento de Jesús a la *religión* de Pablo**

Jesús no fundó una religión. Ni jamás pudo pensar en organizar una *ekklesía*, ya que lo más lógico es pensar que él ni conocía esa palabra, ni le interesaba el contenido político elitista al que tal palabra remitía. Precisamente, como enseñan todos los manuales y diccionarios que explican lo que era la *ekklesía* de los griegos (a la que se refiere Platón y sobre todo Aristóteles), el contenido de esa palabra remite a un grupo de ciudadanos selectos. Un grupo en el que no cabían ni las mujeres, ni los niños, ni los esclavos, ni los extranjeros, ni cuantos pudieran ser sujetos sospechosos para el poder constituido. O sea, la *ekklesía* de la antigua Grecia excluía justamente a los grupos humanos que más cercanos se sintieron del Jesús histórico.

---

<sup>31</sup> *Didascalía*, XXVIII, 9, ed. FUNK, p. 110.

<sup>32</sup> *Didascalía*, XXXIV, 5, ed. FUNK, p. 118.

<sup>33</sup> *Didascalía*, XII, 1, ed. FUNK, p. 48. Cf. JOSÉ M. CASTILLO, *Para comprender los ministerios de la Iglesia*, Estella, Verbo Divino, 1993, p. 51-53.

Jesús quería más la libertad de todos los ciudadanos por igual que la religión que oprimía con sus normas y sus ritos. Por eso Pablo y los primeros cristianos hicieron bien al querer denominar sus asambleas como *ekklesía* y no como *synagógé*, como hicieron los traductores de la LXX. Pero Jesús quiso una libertad *para todos*, no una libertad *para selectos*. Esto se comprende mejor si tenemos en cuenta que los evangelios nos recuerdan lo que fue el *Bios* de Jesús: una vida centrada en aliviar el sufrimiento y contagiar respeto, tolerancia, estima, bondad y felicidad para todos los seres humanos. De ahí que las tres grandes preocupaciones, en torno a las que giró el *Bios* de Jesús, fueron la salud de los humanos, la comensalía que une a las personas y las relaciones interpersonales, imitando en todo la bondad insondable del Padre del cielo <sup>34</sup>. Y teniendo muy presente que todo esto fue tan determinante para Jesús, que, por anteponer estas convicciones a todo lo demás, incluso a lo más sagrado, por eso entró en conflicto con los dirigentes de la religión (los sacerdotes) y cuanto estaba relacionado con ellos: el templo, las observancias religiosas, los rituales sagrados, etc. Y bien sabemos que este conflicto fue tan grave y se agudizó hasta tal extremo, que, como es bien sabido, Jesús fue condenado y ejecutado en la cruz en que morían los subversivos y excluidos por la sociedad, no sólo por los poderes públicos (políticos y religiosos), sino incluso también por el poder divino, Dios mismo (cf. Deut 21, 23; Gal 3, 13).

Pero, en los años siguientes a la muerte de Jesús, los

---

<sup>34</sup> Un estudio detallado de las tres grandes preocupaciones de Jesús, la salud humana, la comida y las relaciones humanas, en JOSÉ M. CASTILLO, *La humanización de Dios. Ensayo de cristología*, Madrid, Trotta, 2009, p. 205-256.

“seguidores” de aquel modesto galileo, que acabó sus días en la exclusión y el fracaso, encontraron las más serias resistencias para socializar en el Imperio una secta religiosa que afirmaba tener como Dios a un “crucificado”, ejecutado precisamente por el Imperio y por su propia religión. Y es en tal situación cuando emerge la figura de un judío extraordinario, Pablo de Tarso, que, bastantes años antes de que se redactaran y conocieran los evangelios, y sin saber casi nada del contenido de éstos, empezó a difundir su propia interpretación de lo que significa Jesucristo, tal como él lo experimentó en una experiencia personal de revelación que a él le hizo Dios directamente.

Las ideas que Pablo difundió, bastantes años antes de que se divulgara el *Bios* de Jesús, tenían sus raíces en el judaísmo helenista en el que había sido educado. Para Pablo no fue importante la *humanidad de Jesús*. Lo determinante para él fue la *exaltación divina del Resucitado*. Interpretando la muerte de Cristo como el “sacrificio” y la “expiación” (Rom 3, 24-26; cf. Lev 16, 11-17) que Dios exigió para perdonar nuestros pecados y otorgarnos así la justificación que nos salva.

Hay, pues, un “abismo que separa a Jesús de Pablo”<sup>35</sup>. Este abismo se palpa en cuanto se advierte que *Pablo sustituyó el Bios de Jesús por una religión de redención*, con sus “verdades absolutas”, sus “normas de conducta”, y sus “rituales religiosos”. Todo ello, vivido en la *ekklesia*, la comunidad de los creyentes en Jesucristo. Pero es claro que Pablo siempre pensó en una comunidad *gestionada, controlada y dirigida por la autoridad del apóstol*. Un

---

<sup>35</sup> GÜNTHER BORNKAMM, *Pablo de Tarso*, p. 291.

elemento, este último, que, en la mentalidad de Pablo, es decisivo para que la Iglesia sea la Iglesia de Cristo.

### **Logros y coste de la aportación de Pablo**

Justo es reconocer que, al organizar así a la Iglesia, Pablo consiguió dos cosas decisivas para el cristianismo: su *universalidad* y su *estabilidad*.

Ante todo, Pablo sacó al cristianismo de los estrechos límites del Israel de entonces. Como se ha dicho, con toda precisión, “mediante (Pablo) lo que era una pequeña “secta” judía llegó a ser una *religión universal* por medio de la cual, como ocurriera antes con Alejandro Magno, Oriente y Occidente se conectaron estrechamente”<sup>36</sup>. Y también fue Pablo quien supo organizar las “iglesias” de forma que, presididas por unos ministerios estables y con autoridad, hicieron posible que el incipiente movimiento carismático de Jesús adquiriera la estabilidad que necesitaba para poder perpetuarse en la historia. Este doble servicio, que hizo Pablo a la Iglesia, ha sido determinante para su extensión en el espacio y en el tiempo. La Iglesia se ha hecho universal. Y ha perdurado hasta nuestros días, lo que ha hecho posible que el Evangelio haya llegado hasta nosotros.

Pero estos dos enormes servicios, que Pablo le hizo a la Iglesia, tuvieron un costo también enorme, ya que, por ellos, la Iglesia ha tenido que pagar un precio demasiado alto. Porque todo esto se consiguió a costa de *transformar el*

---

<sup>36</sup> HANS KÜNG, *El Cristianismo. Esencia e Historia*, Madrid, Trotta, 1997, p. 129.

*proyecto original de Jesús.* Quiero decir: *lo central en el proyecto de Jesús es la vida*, la defensa de la vida, la protección de la vida, la dignidad de la vida, la felicidad, el goce y el disfrute de la vida, sobre todo de la vida de aquellos que lo pasan peor en la vida: los enfermos, los hambrientos, los sedientos, los que no tienen qué ponerse, los extranjeros, los presos, los extraviados, los pecadores, todos los que son los peor tratados por la vida, los últimos de la vida, que son para Jesús los primeros (Mt 25, 31-46; Mc 9, 35; 10, 31; Mt 19, 30; 20, 16; Lc 13, 30). Por eso, lo que más se repite en los evangelios son curaciones de enfermos, acogida de pecadores y excluidos, comensalía con pobres, amistad con herejes y samaritanos, y hasta banquetes de boda en los que se cuida que no falte el mejor vino, el más delicado símbolo del amor, la experiencia y fuerza más poderosa de la vida (Jn 2, 1-11; cf. Cant 1, 2-4; 5, 1; 7, 10).

Sin embargo, *lo central en el proyecto de Pablo es la religión de nuestra redención* que, mediante el sacrificio y la expiación, en la renuncia a lo carnal y humano, en el vencimiento de sí mismo, viviendo crucificados con el Crucificado, para alcanzar la redención de nuestra carne mortal y, a través de la muerte, la gloria de la resurrección que se alcanza mediante la fe y la esperanza.

Pero advierto: sería un error interpretar el proyecto de Jesús como un *proyecto humano*, en tanto que el proyecto de Pablo sería un *proyecto divino*. No estoy hablando de contraponer lo humano a lo divino. Estoy hablando de dos proyectos de vida. En el *proyecto del Evangelio*, lo determinante es *el seguimiento de Jesús*. En el *proyecto de Pablo*, lo determinante es *la obediencia a la Iglesia*. Lo que es

cierto hasta tal punto que, como bien sabemos, en la ya larga historia del cristianismo, mientras que el seguimiento de Jesús ha sido (y sigue siendo) motivador y estimulante, la obediencia a la Iglesia ha sido (y sigue siendo) motivo de conflictos, divisiones, excomuniones y condenas. Por eso, sin duda, Jesús seduce a tanta gente, en tanto que la Iglesia (los que en ella mandan y los que en ella obedecen) produce rechazo y es causa de incontables problemas.

Porque, en definitiva, mientras que Jesús pensó en los apóstoles y el apostolado *a partir del seguimiento*, sin títulos de poder ni bastones de mando, sin dinero y sin pretensiones de ser los primeros, sino siempre los últimos, como niños y como esclavos, a los pies de todos, en las ideas de Pablo, el apóstol y el apostolado fueron pensados a partir del poder y la autoridad. Lo que, como es bien sabido, es la gran asignatura pendiente en la Iglesia. Con los insistentes conflictos de poder y autoridad que, por supuesto, dan consistencia a la Iglesia. Pero una consistencia que se paga a precio de abandonos y soledades, de pérdida de credibilidad y alejamiento creciente de la cultura, de la sociedad y de los problemas concretos de la vida.

Es verdad que Pablo entendió la Iglesia como una *Iglesia carismática*. Es decir, una Iglesia en la que se entienden todas las funciones en la comunidad “como dones del Espíritu de Dios y del Cristo exaltado”<sup>37</sup>. Una Iglesia en la que aún no había ni “episcopado monárquico”, ni “presbiterado”, ni “ordenación”, como bien ha hecho notar el mismo H. Küng

---

<sup>37</sup> HANS KÜNG, o. c., p. 132.

<sup>38</sup>. Lo que es enteramente cierto. Pero así fue *solamente durante los siglos primero y segundo*. Sin embargo, está fuera de duda que, a partir del s. III, en la Iglesia se hizo presente el episcopado monárquico, la distinción entre obispos y presbíteros y se introdujo el *ordo* y la *ordinatio*, como aparece ya en Tertuliano <sup>39</sup>. Ahora bien, estos conceptos fueron asumidos, por la Iglesia, de las instituciones de la sociedad romana, que distinguía así a los senadores y caballeros de la plebe o pueblo llano <sup>40</sup>. Y es que, ya Pablo, en sus comunidades, fue el primero que admitió e incluso gestionó una determinada estratificación social, como ocurrió en Corinto donde la vida interna de la comunidad estaba dominada por una minoría de posición selecta relativamente alta, cosa que ya quedó bien demostrada, hace más de veinte años, por Gerd Theissen <sup>41</sup>. Lo cual no nos debe sorprender. Una vez que Pablo había establecido, como criterio determinante para la Iglesia, *no el seguimiento de Jesús, sino la autoridad de los apóstoles*, inevitablemente quedó sólidamente establecido también *el eje directivo de la Iglesia*. Ese eje ya no fue, en adelante, la ejemplaridad del Evangelio, sino el poder de la Jerarquía eclesiástica, la “*sacra potestas*” que ha desarrollado ampliamente la eclesiología, incluida la del capítulo tercero de la Constitución sobre la Iglesia del Concilio Vaticano II <sup>42</sup>. Una potestad que no sólo

---

<sup>38</sup> O. c., p. 134.

<sup>39</sup> *De exhort, cast.*, VII. PL 2, 971.

<sup>40</sup> Pauly-Wissowa, *Realencyklopädie der Klassischen Altertumswissenschaft*, vol. XVIII/1, Stuttgart 1939, 930-936; P. Fransen, *Ordo*, en *LthK*, vol. VII, 1212-1220.

<sup>41</sup> “Estratificación social de la comunidad de Corinto”, en *Estudios de sociología del cristianismo primitivo*, Salamanca, Sígueme, 1985, p. 193 ss.

<sup>42</sup> LG 22.

se nos explica como “suprema y universal”, sino además como “sagrada”, es decir, inapelable <sup>43</sup>.

Y para terminar este apartado, sobre los logros y el coste de lo que san Pablo aportó a la Iglesia, me parece importante hacer una advertencia. Yo sé muy bien que es arriesgado y comprometedor hacer esta contraposición entre Jesús y Pablo. Porque, a fin de cuentas, lo mismo los evangelios que los escritos de Pablo pertenecen al canon del Nuevo Testamento. Y por eso, tanto los evangelios como las cartas de Pablo son, para un cristiano, “Palabra de Dios”. Lo cual es cierto, con tal (claro está) que lo del canon y lo de la “Palabra de Dios” se entiendan correctamente. En cualquier caso, siempre vendrá bien recordar que, siendo lo mismo los evangelios que las cartas de Pablo documentos del canon del Nuevo Testamento, el hecho es que, mientras que el contenido de las cartas de Pablo no se suele poner en duda, el contenido de los evangelios ha sido sometido a una crítica implacable. Tan implacable, que hasta se ha llegado a dudar o incluso a negar la existencia misma de Jesús, en tanto que la existencia del apóstol Pablo - que yo sepa - no se suele poner en cuestión. Y lo más importante: en los evangelios, cada relato, cada palabra y bloques enteros de lo que fue la conducta de Jesús, casi todo en ellos, se ha sometido a la crítica, a la duda, a la sospecha. En tanto que de lo que escribió Pablo no se suele dudar, por más que en determinados puntos de vista no se esté de acuerdo con él. Es verdad que entre la historia de Jesús y los evangelios se interpone la muerte y la resurrección. Pablo, sin embargo, nos dice en sus cartas lo que él mismo pensó y sintió. Todo esto es cierto, no cabe duda.

---

<sup>43</sup> Así consta en el CIC, can. 333, 3, por lo que se refiere al Obispo de Roma.

En cualquier caso, lo decisivo en este asunto es tener presente que lo mismo los evangelios que los escritos de Pablo, antes que *escritos de historiadores*, son *documentos religiosos*. Lo cual quiere decir que lo mismo los evangelios que las cartas de Pablo *han de ser sometidos a la hermenéutica religiosa* y, por eso mismo, *han de ser interpretados* mediante los instrumentos de hermenéutica histórica, sociológica, cultural, semiótica... que se han de aplicar cuando pretendemos comprender el mensaje de cualquier documento religioso. Dicho más claramente, si tenemos derecho a interpretar al Jesús de los evangelios, con el mismo derecho y la misma seriedad humana y religiosa podemos y debemos interpretar el significado y el mensaje de Pablo. Esto, ni más ni menos, es lo que he pretendido hacer en la reflexión que presento en este escrito.

### **En busca de una solución**

No se puede negar que el contraste, y hasta la contradicción, que mucha gente ve hoy entre Jesús y la Iglesia, no se explica solamente a partir de lo expuesto en la reflexión que acabo de presentar. Dada la complejidad de este enorme problema, sería necesario tener en cuenta otros factores que son de importancia decisiva en el contraste analizado. Por ejemplo, es evidente que la historia de la institución eclesiástica, y los comportamientos éticos de los cristianos en general, han sido (y siguen siendo) determinantes en este complicado problema. Y aquí me parece de especial relevancia que caigamos en la cuenta de que, al hablar de la lejanía de la Iglesia respecto a Jesús y su Evangelio,

deberíamos ser cuidadosos para no cargar las tintas cuando hablamos de la responsabilidad de la Jerarquía de la Iglesia, en el sentido de presentarla como la única responsable del problema. Porque responsables somos todos. Todos los que, de la manera que sea, afeamos, con nuestras conductas, la memoria de Jesús. Y en esto entramos todos. Por supuesto, los que mandan en la Iglesia. Pero también los que obedecemos a quienes mandan lo que no se tendría que mandar. Como también son responsables nuestros silencios ante formas de conducta o en situaciones en las que Jesús no se calló. Me parece que esto es más decisivo de lo que sospechamos. Y, por desgracia, no lo solemos tener en cuenta. Por eso, de la misma manera que nosotros, los cristianos laicos, nos quejamos de los defectos de la Jerarquía, creo que la Jerarquía tiene motivos sobrados para quejarse de nuestras conductas, entre las que se debe tener presente el cómodo silencio y la fácil obediencia con la que tranquilizamos nuestras conciencias.

Dicho esto, vendrá bien tener presentes dos criterios que, en todo caso, será siempre necesario integrar en nuestra reflexión teológica sobre la relación Jesús - Iglesia. Me refiero a *la importancia de San Pablo* y a *la importancia de los Evangelios* para poder hacer una teología sobre la relación entre Jesús y la Iglesia.

1. *Importancia de Pablo*. Lo más elemental en este punto es que los escritos de Pablo y, más ampliamente, del “Corpus Paulino”, son parte (una buena parte) de la revelación divina en la que la Iglesia siempre ha creído y que siempre ha acogido como Palabra de Dios. Y, pensando las cosas desde la fe, nadie tiene derecho a mutilar la revelación de Dios según

las propias ideas o las propias conveniencias. Esto es claro, con tal que se tenga en cuenta lo que he dicho sobre la hermenéutica religiosa a la que ha de ser sometido cualquier escrito de religión que se quiera entender a fondo.

Por otra parte, ya he dicho que Pablo fue decisivo para la Iglesia en dos cosas especialmente: en su *universalización* y en su *estabilidad*. Estas dos cuestiones ya quedaron apuntadas. Y a ellas, como es lógico, habría que sumar los contenidos de cuestiones como la soteriología o la teología del Espíritu, temas de tanto peso para comprender a la Iglesia y vivir la fe en ella. Por tanto, sería una insensatez y una traición a la fe el posible planteamiento de quien pudiera pensar que la tensión entre Jesús y la Iglesia se resolvería prescindiendo de la teología de Pablo. Con esa teología, y sus consecuencias, tenemos que contar siempre en la Iglesia.

Otra cosa es que, como ya he afirmado, no tengamos el derecho y el deber de “interpretar” a Pablo y sus escritos desde la situación presente y a la luz de la experiencia de siglos que conocemos y que, sin darnos cuenta de ello, nos han marcado a todos cuantos pensamos que somos creyentes en Jesús y formamos parte de la Iglesia. Creo que ésta es una de las tareas más importantes y urgentes de la eclesiología en este momento.

Pienso que es necesario tener presente a san Pablo y sus cartas en nuestra reflexión sobre la reforma de la Iglesia. Porque cada día queda más patente que la tensión entre la Iglesia y Jesús no se resuelve cambiando al papa, reformando la Curia Vaticana, poniendo obispos más competentes o dando al clero una formación más sólida. Ni la crisis actual de la fe

ni el abandono de las prácticas religiosas se resolverán mediante un nuevo concilio. Quienes hicieron lo posible para dificultar la recepción del Vaticano II en la Iglesia, volverán a hacer lo mismo, si es que se llegara a convocar un Vaticano III. La Iglesia no se renueva o se reforma “desde arriba”. Y “desde abajo”, está demasiado desprovista de líderes y de teología - al menos en este momento - como para esperar que de ahí puede venir una solución. El problema es mucho más profundo. Porque no radica en la mejor o peor preparación o capacidad de las personas que gobiernan la Iglesia.

El problema de la Iglesia adentra sus raíces en sus orígenes mismos, ya en el siglo primero. Porque esta Iglesia que tenemos nació de las preocupaciones de salvación trascendente de un judío visionario y entusiasta, Pablo de Tarso. Y sabemos que las preocupaciones y motivaciones de aquel judío excepcional eran *preocupaciones religiosas, centradas en la otra vida y orientadas a la trascendencia* que esperamos alcanzar más allá de la muerte. De ahí, toda la teología de Pablo y el sistema organizativo que imprimió a sus comunidades. Un sistema en el que jugó en papel decisivo el interés del propio Pablo por *imponer su condición de apóstol y su voluntad de gobernar y dirigir* las primeras iglesias hacia el logro de su proyecto.

Ahora bien, el proyecto de Jesús fue distinto. Por supuesto, el Jesús que conocemos por los evangelios quiso llevar a los seres humanos a la plenitud de vida y de felicidad que el Padre del cielo nos promete. Pero Jesús - si es que los relatos evangélicos en su conjunto son creíbles - vio claramente que *el camino y el medio para el encuentro pleno de los humanos con el Padre del cielo no puede ser el camino*

*que ofrecen las religiones de redención o de salvación trascendente.* Porque la trascendencia no está a nuestro alcance en este mundo. Porque nosotros no podemos salir o sobrepasar nuestra inmanencia. Jesús se dio cuenta de que la religión, con sus dogmas, mandamientos y rituales, es un hecho cultural, un fenómeno humano, inmanente, de este mundo. Por eso la genialidad de Jesús estuvo en que supo fundir la religión con la vida. De forma que sólo mejorando esta vida, dignificando la vida humana, haciendo más felices y soportables nuestras condiciones de vida, en “esta vida”, solamente así es como podemos encontrar a Dios. Por eso las preocupaciones de Jesús no cuadran con las preocupaciones de Pablo. Jesús se preocupó de la salud de los que sufren, de la alimentación en forma de comensalía que nos une a los humanos, de las buenas relaciones interpersonales de todos nosotros. Pablo, sin embargo, tuvo otras preocupaciones. Le preocupó el problema del pecado, la redención del pecado, la muerte de Cristo como expiación por nuestros pecados, la moral que (según las costumbres de entonces) nos mantiene lejos del pecado, los rituales (bautismo y eucaristía) que nos perdonan nuestros pecados. Y todo eso gestionado por la autoridad del apóstol y sus colaboradores.

Por supuesto, en la Iglesia es importante la teología de Pablo. Pero con tal que esa teología se integre debidamente en el proyecto de vida que movilizó Jesús. El problema con el que hoy nos encontramos está en que *la Iglesia se ha organizado a partir de la autoridad apostólica de Pablo, no a partir de la ejemplaridad humana de Jesús.* Por eso la Iglesia se ha estructurado de acuerdo con el proyecto apostólico y religioso de Pablo, no de acuerdo con el proyecto humano del movimiento de Jesús. Así las cosas, no tenemos más salida

que recuperar la importancia determinante del Evangelio para la estructuración, la organización y la vida de la Iglesia.

2. *Importancia del Evangelio.* Dice el Vaticano II: “Nadie ignora que entre todas las Escrituras, incluso del Nuevo Testamento, los Evangelios ocupan el lugar preeminente, puesto que son el testimonio principal de la vida y doctrina del Verbo encarnado, nuestro Salvador” (DV 18, 1). Esto quiere decir que ni la Iglesia, ni sus concilios, ni todas sus jerarquías, *nadie en la Iglesia tiene autoridad para hacer lo que prohíben los evangelios o para dejar de hacer lo que mandan los evangelios.* Nadie en la Iglesia tiene poder para quitar importancia al Evangelio. Y sin embargo, por desgracia, esto es lo que *de facto* ha sucedido. Sin duda, nadie lo pretendió hacer. Pero es eso exactamente lo que ha sucedido. No porque se haya dicho o se enseñe que el Evangelio no es importante. Sino porque *el Evangelio se ha interpretado de forma que, en la práctica, no es lo que determina la conducta de la jerarquía y de sus fieles. Lo determinante en la Iglesia es el dogma y la obediencia al papa y al episcopado. El Evangelio es el ideal utópico que motiva la espiritualidad cristiana.* Ahora bien, al hacer esto, el Evangelio de Jesús ha quedado *tan excelsamente elogiado como prácticamente marginado.* Por eso sucede que en la Iglesia es muy grave hablar o actuar en contra de lo que dice el papa, mientras que, con toda tranquilidad y normalidad, se dicen y se hacen no pocas cosas que están literalmente en contra de lo que enseña el Evangelio. Baste pensar en la relación que mantuvo Jesús con el dinero, los privilegios y el boato de los honores y prestigios humanos. Y baste pensar también en la relación que la institución eclesial y sus

jerarquías mantienen con todo eso. Dos universos que nada tienen que ver el uno con el otro.

Pienso, por tanto, que el camino recto para una renovación y el debido acercamiento de la Iglesia a Jesús es recuperar el Evangelio: lo que supone estudiarlo, analizarlo, saber aplicarlo al momento presente, ser dóciles a él, tomar como la tarea primera vivir de acuerdo con el *Bios* de Jesús que en los Evangelios se nos ofrece. Ahí, y solamente por ahí, creo que podemos recobrar la esperanza. Y sólo en eso la Iglesia tendrá futuro.